



Este Cuaderno desearía ser deliciosamente carnal. Místicamente arrebatado. Luminosamente amoroso. Desposeído de casuística moralista. Abierto. Generoso. Sin etiquetas.

Oh, la luminosa algarabía de los sentidos. Los abisales gritos resplandecientes de la especie. De las especies. La maravillosa lamentación de la felicidad. El contraluz de un escorzo que dibujó el atisbo de la felicidad. El trocito de sol que por unos labios resbala. Todo el poniente de los oídos entreteniéndose en unos ojos, por cuyos caminos íntimos se dijera que va a llegar cierta redención misteriosa, oculta, relampagueante de encantamiento. Un rostro sobre el tuyo. El tuyo sobre un aliento que trae sombras de bosques felicísimos. Un beso. La maraña de la alegría que nos envuelve como una música. El paraíso de una sonrisa. Las playas abiertas de unas manos jóvenes que capaces fuesen de despertar la aurora. La elasticidad espléndida de un cuerpo como cerámica imprecisa. El recorrido de una caricia... Mientras continuemos habitando en este delicioso todavía mundo de los hombres, seguiremos hablando de la felicidad. El placer como una niebla esclarecida. El dulce y elemental apareamiento de los seres. Para que la esperanza exista. Para poder adivinar lo secreto. El desbordante titubeo de la materia. Las rosas. La yedra. Unos desnudos pies que dejan sobre la melodía del sentimiento la celeridad de lo imposible. Un abrazo. La complicidad de lo desvalido. El eterno reflujo de la mar. La espejeante hermosura de los mármoles. El enamoramiento de las estatuas. El embelesamiento furtivo de los cuerpos. El junco de los talles expresivos y misericordiosos. El ritmo cimbreante de los prodigios. Las columnas apretadas de unas piernas adorables. La frontera infinita de la divinidad. La llamada vegetal de los sentidos. La pérdida salobre y desconcertada de los recuerdos. La brevísima perennidad azul del éxtasis de la naturaleza. La palabra amor que delectas como un verso entresofiado.

Este Cuaderno quisiera ser dulce. Eróticamente innumerable. Tan bello. Como si el Edén estuviese todavía convocando a las bienaventurados. A los niños grandes como Joaquín Brotóns. A los arcángeles que les da por ignorar todavía el pecado.

Sigamos aún conteniéndonos la respiración. Ah, la luz tangible y huyente de unos hombros en la noche. Las aguas del deseo. El torrente de unas manos que se desbordan de sí mismas. El idioma entrecortado de la voluptuosidad más sobrehumana aún cuando roza el sagrado origen del desconocimiento que exulta, que exalta, que edifica el resplandor, que te arde las yemas de los dedos, que te